

EL DUELO Y OTROS DESVÍOS

MOURNING AND OTHER DETOURS

O LUTO E OUTROS DESVIOS

Gustavo Castellano

École Lacanienne de Psychanalyse

Montevideo, Uruguay

Correo electrónico: gustavocastellano23@gmail.com

ORCID: 0000-0003-2524-3458

Recibido: 12/3/2026

Submitted: 3/12/2026

Recebido: 12/3/2026

Aceptado: 21/4/2026

Accepted: 4/21/2026

Aceite: 21/4/2026

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

CASTELLANO, G. (2026). El duelo y otros desvíos. *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 7(1), 47-60. DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/7.1.3

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Resumen

A partir de una singular forma de leer a Lacan, Jean Allouch propuso un novedoso modo de acercarse al duelo, al punto de proponer una teoría sobre este. Esa teoría ha tenido, entre otros efectos, una serie de publicaciones que siguieron algunas de las ideas vertidas en su fermental libro de 1995, *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Este artículo pone en diálogo a este autor con Pedro Lemebe, el escritor, cronista y performer chileno, para mostrar una vez más que la literatura es un interlocutor para el psicoanálisis. Se propone, además, homenajear a Allouch, en tanto su recorrido significó un giro en esta disciplina.

Palabras clave: duelo, erótica, Jaques Lacan.

Abstract

Drawing on a singular way of reading Lacan, Jean Allouch proposed an innovative approach to mourning, to the point of developing a theory of it. Among its effects, this theory inspired a series of publications that further explored ideas first presented in his seminal 1995 book *The Erotics of Mourning in the Time of Dry Death*. This article brings Allouch into dialogue with Pedro Lemebe—the Chilean writer, chronicler, and performer—to demonstrate once again that literature is an interlocutor for psychoanalysis. It also seeks to pay tribute to Allouch, whose intellectual trajectory marked a turning point in this discipline.

Keywords: mourning, erotics, Jacques Lacan.

Resumo

A partir de uma forma singular de ler Lacan, Jean Allouch propôs uma maneira inovadora de abordar o luto, chegando a formular uma teoria sobre ele. Essa teoria produziu, entre outros efeitos, uma série de publicações que desenvolveram algumas das ideias apresentadas em seu livro seminal de 1995, *Erótica do luto nos tempos da morte seca*. Este artigo coloca esse autor em diálogo com Pedro Lemebe, escritor, cronista e performer chileno, para mostrar mais uma vez que a literatura é uma interlocutora da psicanálise. Propõe-se, ainda, homenagear Allouch, na medida em que sua trajetória representou uma virada nessa disciplina.

Palavras-chave: luto, erótica, Jacques Lacan.

PRIMER DESVÍO¹

Con la Hilda llegamos en el bus esa última pascua cuando mi Gladys se nos iba. Y le pedí a la Chinita de Andacollo por mi amiga enferma. Pero parece que la Virgen no me escuchó, estaba sorda con tanto tambor y matracas que sonaban en el pueblo día y noche. La Virgen se hizo la lesa mirando a la multitud desde tan arriba. Y aunque por los parlantes de la catedral la voz retumbona de un cura nombraba a Gladys pidiendo por su salud, la Virgen estaba más preocupada de las comparsas, de los cabros chicos disfrazados brincando en el polvo. La Virgen, entera decorada, no me escuchó por el tamboreo de los miles de peregrinos que llegan a Andacollo cada año, pidiéndole tantas cosas, tantos favores. [...] Algún pinochetista se persigna con agua bendita arrepintiéndose de su pasado. Detrás de una columna, una actriz de teleserie se cubre la silicona, pidiéndole a María que la ayude a conseguir el papel en esa película. (Lemebel, 2016, pp. 40-41)

EL MUERTO

El escritor —en una suerte de guiño— nos confronta con esa certeza tan extraña de no saber dónde está el muerto, si es que se ha ido, si sigue entre nosotros (de hecho, sigue entre nosotros en la medida en que no muere en nuestras palabras). Y nos regala un guiño quien escribe estos recuerdos, anteriores al tiempo de la partida. ¿No sabe acaso de la muerte de su amiga? ¿La realidad de la que tanto saben y opinan algunos *psi* no le ha mostrado, demostrado, tras ingentes pruebas, que su amiga está muerta? ¿Qué querrá decir toda la ironía, toda

¹ Este artículo fue aprobado por el editor Mariano Revello.

la rabia incluso, o el desdén de ese que vive entre los muertos, con los muertos, contra los muertos?

SEGUNDO DESVÍO

Este será otro Once sin mi Gladys floreando de claveles rojos la mañana de septiembre. Será otro Once con el Partido Comunista tomando tecito con el enemigo. Será otro Once con Michelle en palacio ahorrando palabras con una muda oración. Será otro Once invisibilizado con el derrumbe fastuoso de las torres gemelas. Quizás, un Once de barricadas y molotovs estudiantiles para animar el tedio de la marcha. Sin Gladys, por supuesto. Sin su hermosa presencia, dándome la mano cuando llegaban los pacos y quedaba la cagada. Y teníamos que apretar cueva entre el humo picante y los tunazos en el cementerio. (Lemebel, 2016, p. 46)

EVIDER L'ÉVIDENCE

Las anteriores son palabras de Pedro Lemebel, escritor, cronista, performer, artista visual, marica linda chilena, recordando a su entrañable amiga Gladys Marín en una recopilación de escritos dedicados a quien fuera su gran compañera de ruta.

En abril de 2023, en una actividad organizada por la École Lacanienne de Psychanalyse, en Ciudad de México, Sayak Valencia —autora de los libros *Capitalismo Gore* (Melusina, 2010) y *Transfeminismos y políticas post-mortem*. Sayak Valencia dialoga con Sonia Herrera Sánchez (Icaria, 2021)— fue invitada a exponer y luego conversar con el público presente. Tras su cautivante intervención, Valencia y los presentes nos encontramos sumamente interesados en lograr establecer algunos puntos de cruce entre su producción y lo que en la École Lacanienne se viene trabajando desde hace tiempo en relación con la consigna que Jean Allouch lanzó: «Acoger los estudios gays y lesbianos». En esa misma dirección, fue a

partir de 1998 que las publicaciones de la revista *L'Unebêvue* dieron el puntapié inicial para la creación de la importante colección *Clásicos de la erotología moderna*, de Epel, que lleva publicados más de treinta títulos.² Entre sus autores figuran varios importantes como Leo Bersani, David Halperin, John Winkler, Pat Califia, Judith Butler, Claude Calame, Vernon Rosario, Gayle Rubin y un largo etcétera.

Fue en el preciso momento en que escuchaba a Valencia y pensaba en estas cosas, que vino a mí el recuerdo de Pedro Lemebel, su manera de estar en el Partido Comunista Chileno y su forma de decir algunas cosas. Intenté hacer referencia a esto, pero no encontraba las palabras justas, cuando Valencia me dijo: «Un comunismo marica». «¡Eso!», casi grité, chasqueando los dedos. Entonces, convinimos que el punto de cruce entre su propuesta y mi línea de trabajo estaba en que el análisis también puede ser una práctica divertida, humorística, cómica —con todo el alcance que Jacques Lacan le daba a ese adjetivo—, no exenta de fineza, con cierto estilo para nada solemne, aburrido ni mucho menos trascendental.

Una de las enseñanzas que Allouch extrajo de su lectura de Lacan es que, como en el ciclo griego, la tragedia no puede evitarse, pero el pasaje hacia otra cosa, hacia el registro de la comicidad, es un recorrido posible para el doliente (Castellano, 2000). No quisiera dejar de señalar, a modo de insumo para la lectura de los textos allouchianos, que Jean Allouch ha sido rigurosamente fiel a una máxima de Lacan: «évider l'évidence» ('vaciar la evidencia'). Su original recorrido en torno a la cuestión del duelo no será una excepción. Con el paso de los años, se acentuará cada vez más en su obra esa orientación de no dar por evidente ni por probado nada de lo que Lacan afirma. Incluso buscará teorías lacanianas en los resquicios del decir de Lacan; hasta le hará decir cosas que llevan a preguntarse: «Pero ¿de quién son esas palabras?». En mi lectura, esa posición y la irrelevancia misma de responder a esa pregunta constituyen ya una enseñanza.

2 Actualmente, los responsables de esta colección abierta son Sandra Boehringer, Laurie Laufer y Gonzalo Percovich.

ALGUNOS EFECTOS DE ERÓTICA DEL DUELO

Un primer movimiento respecto de esta novedosa manera de abordar la cuestión del duelo será, entonces, señalar algunos de los efectos que ha tenido y que sigue teniendo la publicación del libro *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*, de Allouch (1996). Se trata de un libro que recoge la escritura de un seminario que tuvo también su pasaje por la ciudad de Montevideo, a comienzos de los años noventa, bajo el título *El insustituible objeto del duelo*.

Un primer efecto constatable ha sido la aparición de una serie de publicaciones nacidas del impulso y del giro que Allouch introdujo en relación con el duelo, la muerte, los muertos y, por último —aunque no menos importante—, con la implicación de quien dice y escribe en sus propios textos. Cabe mencionar, además, que en la École Lacanienne de Psychanalyse esta intervención constituyó un verdadero acontecimiento y dio lugar a una cantidad considerable de trabajos de sus miembros. En parte, lo que Allouch hizo fue recoger la enseñanza de algunos historiadores; más adelante, sin embargo, surgirían otros textos en conexión directa con su propuesta.

Solo por mencionar algunos, pueden citarse los trabajos *A la salud de los muertos*, de Vinciane Despret (La Découverte, 2015) —un libro que ha sido muy leído en estas latitudes—, *Vivir con nuestros muertos: Pequeño tratado de consuelo*, de Delphine Horvilleur (Grasset, 2021), *Una presencia ideal*, de Eduardo Berti (Alianza, 2020), y *Cuerpos sin duelo: Iconografías y teatralidades del dolor*, de Ileana Diéguez (Documenta Escénicas, 2013). La lista es extensa y, en la mayoría de los casos, la referencia a la renovadora propuesta de Allouch aparece de manera explícita.

Cuando llegó a mis manos el libro de Allouch *Marguerite, Lacan la llamaba Aimée* —cuyo título original es *Marguerite ou l'Aimée de Lacan*—, no pude dejar de releer, una y otra vez, la dedicatoria que abre ese ensayo. La leía en un estado que me atrevería a llamar *confusional*, porque allí aparecían dos palabras cuya conciliación resultaba, para mí, extremadamente difícil: «Junto con Marguerite, dedico este estudio de clínica psicoanalítica a aquellos habitados por la terrorífica experiencia

erótica del hijo muerto» (Allouch, 1995, p. 8). No se trata solamente de que la frase sea conmovedora, reveladora, casi una confesión. Se trata también de que pone en relación dos adjetivos que, antes de leer estos trabajos de Jean Allouch, parecían incompatibles: *terrorífica* y *erótica*. Esa articulación queda redoblada y, de algún modo, esclarecida, en la manera que concluye el «Envío» de *Erótica del duelo*: «Que pueda este libro restablecer lo macabro en su función de suscitación del deseo en el viviente» (Allouch, 1996, p. 15).

«¡QUE TE SIRVA DE VELA!»

Al comienzo de *Erótica del duelo*, Allouch (1996) introduce una breve anécdota situada en el patio de una escuela en México, donde existe una relación singular con la muerte, algo que lo impactó profundamente en sus primeras visitas. La escena ocurre durante el recreo: un niño mayor, presumiblemente más fuerte, le arrebató violentamente a otro, más pequeño, un objeto importante, aunque el relato no explicita de qué objeto se trata. El niño pequeño se encuentra entonces ante una doble imposibilidad: no poder denunciar al agresor ante los adultos, ya que eso lo dejaría, a los ojos de todos, en el lugar de soplón; y no poder evitar someterse a la ley del más fuerte. Frente a esa encrucijada, opta por aquello que Allouch denomina una *solución mexicana*. Le dice al ladrón: «¡Que te sirva de vela!», frase que se completa con un «para tu entierro». De este modo, aquel objeto precioso, mediante un acto de palabra, pierde su valor para quien lo poseía originalmente, algo que ya no merece ser recuperado y que, al mismo tiempo, no le servirá de nada a quien lo arrebató. Conviene subrayar que se trata precisamente de un acto de palabra, lo cual relativiza, o al menos pone en cuestión, la idea de que solo podamos llamar acto a aquello que pertenece al orden de la actuación.³

3 A tales efectos, convendrá tener en cuenta las teorizaciones de John L. Austin a propósito de la performatividad de las palabras.

Resulta interesante poner énfasis en una conclusión que se extrae de esta historia, en la que está en juego un objeto deseable, aquello que Lacan, en el seminario sobre la transferencia, extrajo del texto platónico con manos de fino orfebre: el *agalma* (Lacan, 1960), un objeto que hará su recorrido hasta desembocar en el *objeto a*. Conociendo algunas posiciones de Allouch, creo que no le habría complacido del todo esta versión que propongo de un trayecto que iría del *agalma* al *objeto a* como si se tratara de un proceso, de un desarrollo lineal. Allouch situaba el *objeto a* del lado de la invención, de un acto producido sorpresivamente, incluso para el propio Lacan, en el curso de su seminario sobre la angustia, y del cual necesariamente debió extraer consecuencias (Lacan, 1962). La conclusión que Allouch obtiene de esta pequeña anécdota ocurrida en el patio de la escuela es que aquel a quien le fue robado ese objeto se ve: «Violentemente transformado en deseante, en *erastés*, cuando se paseaba tranquilamente como portador del objeto maravilloso, como el *erómenos* que acaso no sabía que era» (Allouch, 1996, p. 12).

Como consecuencia de una pérdida nos convertimos en sujetos de deseo. A partir de esa afirmación, los términos *macabro* y *erótico* comienzan a aproximarse. La cuestión del duelo y los asuntos de la muerte deben enfrentarse con la pulsión, con sus anclajes, sus marcas, sus recorridos, y, finalmente, con su objeto. Ese objeto fue señalado de manera contundente por Freud como objeto *contingente*; es decir, como un objeto que puede ser cualquiera. A ello agregaría que puede ser cualquiera hasta el punto que, para cada quien, no es cualquiera. Está señalado, marcado por ciertos trazos, por la injerencia del Otro; por la injerencia del Otro en el cuerpo, para ser estrictos. Hay un punto decisivo en esta misma dirección, que de hecho ya aparece formulado como pregunta en *Duelo y melancolía*, de Freud (1917/1979): ¿qué se lleva el muerto consigo? Dice Freud: «él sabe a quién perdió, pero no lo que perdió en él» (1917/1979, p. 243).

Allouch tiene un sueño durante el vuelo que lo trae al Río de la Plata, sueño que relatará al comienzo de su seminario en Montevideo, en diciembre de 1993. Se trata de un robo ocurrido en su consultorio. El sueño se sitúa en el tiempo del duelo por la muerte de su hija en un accidente de tránsito. Ante el estupor de encontrar el consultorio completamente vacío, despojado de muebles y decorados, la frase desolada que aparece es: «Me han robado todo». Ciertamente, se trata de una frase que podemos haber escuchado más de una vez cuando alguien pierde a un ser querido. Sin embargo, decir que se ha perdido todo, en rigor, no dice demasiado si entendemos que el ejercicio analítico no apunta a las generalidades ni a los universales, sino al detalle, a la posibilidad de cercar algunos lugares. Se trata, en definitiva, de producir aquellos rasgos que construyen y constituyen una subjetividad, rasgos que, por supuesto, no son estables ni inmodificables.

La propuesta de Allouch quedará condensada en una fórmula, en un matema, como solía decir Lacan: $(1 + a)$. La muerte de alguien por quien nos ponemos de duelo no se lleva solamente el cuerpo y la vida del muerto; con él se va también un pequeño trozo de sí, representado por esa a . Ahora bien, conviene advertir que respecto de ese sí no es posible determinar con precisión a quién pertenece, sino que es algo que se produce *entre*. Y es precisamente eso lo que nos lleva a interrogarnos acerca del estatuto del muerto y del lugar que pasa a habitar.

Se trata, ciertamente, de un lugar difícil de establecer. ¿Está el muerto en el sitio donde lo enterramos? ¿Está en el cielo?, ¿en las cenizas que arrojamus al mar?, ¿en cada objeto que de él nos quedó?, ¿en nuestros recuerdos? ¿Dónde está, exactamente? No resulta sencillo precisar cuál es ese lugar en el que el muerto se mueve. Se fue, pero puede volver. Vuelve, incluso, bajo la forma de un espectro, de un alma en pena, de una energía que se siente en la casa, de un aroma en la ropa. Puede sorprendernos en una pesadilla, en una alucinación, en un falso reconocimiento, en una carta que llega tarde o aparece

olvidada en un cajón. También en un audio que quedó durmiendo, inadvertido, en WhatsApp.

Seguramente algunas de las palabras utilizadas en el párrafo anterior harán que el lector se ponga a pensar en la locura. Y, efectivamente, Allouch (1996) afirmará:

Por haber debido admitir que un hijo muerto constituía lo medular de la locura entre varios, que incluía la de Marguerite Anzieu, la Aimée de la tesis de Jacques Lacan [...] esa locura había sido, de parte a parte, un duelo, la intempestiva declaración según la cual ella no había hecho su duelo, se me presentó en toda su obscenidad. ¡Justamente, ese duelo ella lo hacía en su locura! (p. 18)

Uno de los vectores que ha orientado, que ha marcado una dirección en la École Lacanienne, es el de la despatologización. Vale decir que desde esta postura se cuestionan pares tales como salud-enfermedad, es decir que no se trata de patologías ni de enfermedades mentales con las que uno tiene que lidiar.

Muchos años después del libro sobre el duelo, en una intervención que Allouch realizó en Estrasburgo en 2020, retomará la conocida frase de Pascal: «Los hombres están tan necesariamente locos que sería otra forma de locura no estar para nada loco» (Allouch, 2020, p. 1). Y, renglón seguido, aparece esta cita:

También Lacan rechazó la distinción loco / no-loco, no hay en él esos dos lados, ese muro, ese confinamiento de algunos, como esa contención que pretende una justificación, como una continencia que discrimina a los cuerdos de los otros, ELLOS, los enfermos mentales. No hay en Freud, en Foucault, en Lacan ni en algunos otros, NOSOTROS y... ELLOS. (Allouch, 2020, p. 1)⁴

4 Ambas citas de la obra de Allouch de 2020 son traducciones propias.

Hay una suerte de tridente que Allouch critica de *Duelo y melancolía*, de Freud (1917/1979): trabajo del duelo, prueba de realidad, objeto sustituible. Me parece que sus críticas pueden estar más justificadas si se dirigen al hacer de los postfreudianos⁵ y a lo que ha sobrevenido como una notoria medicalización e incluso protocolización del duelo. A Allouch le inquietaba particularmente esa cuestión de que pudiera concebirse y aceptarse que algo que se había ido con el muerto —ese pequeño trozo de sí— tuviera un sustituto; de allí el título que puso a su seminario de Montevideo: *El insustituible objeto del duelo*. Otro punto que critica es que el duelo haya sido elevado a la categoría de un trabajo, lo que pondría al asunto del lado de una posible ganancia, retribución o intercambio, cuando, en su concepción, se trata de un movimiento que es a pura pérdida.

Una posible definición de análisis sería que es una forma de arreglarse con las pérdidas. Entiendo que el libro de Allouch (1996) y sus reflexiones en torno al duelo están dirigidos a quienes están concernidos por el análisis, ya sea en su condición de analizantes o de practicantes de tal método. Quiero decir con esto que no tiene nada de objetable que alguien se acerque a un análisis porque ha perdido a un ser querido y pretenda que algo de eso regrese, se repare o se sustituya. Es una manera, tan legítima como cualquier otra, de plantear las cosas. El asunto es qué hace un analista con eso.

Lo que este libro propone es «que el duelo sea llevado a su estatuto de acto» (Allouch, 1996, p. 9). Quienes intercambian ideas conmigo saben que una de mis preocupaciones centrales es aquello que llamo, irónicamente, «el buen lacaniano». Más precisamente, tiene que ver con esa frase de Lacan que mencioné al comienzo y que, en

5 Las críticas a Freud exigen desplegar un trabajo más de cerca con *Duelo y melancolía*, que nos permita situarlo como un texto surgido —como cualquier otro— en una época, contexto y debates que podrían perfectamente ubicarse, y sin ningún afán prescriptivo. Lo que se hizo *a posteriori* con ese escrito es harina de otro costal. Lo que se hace actualmente con los manuales diagnósticos es también otro asunto.

mi lectura, Allouch tomó con absoluta seriedad: «*évider l'évidence*» o «vaciar la evidencia». Este es el modo en que algunas formulaciones se transforman rápidamente en prescripciones y pierden así la esencia de aquello que estaba en cuestión. A menudo se publican trabajos que contienen hallazgos realmente potentes, pero que hacia el final se desmerecen cuando, de pronto, aparecen fusiones apresuradas con algunas de las cuestiones que Allouch venía trabajando. Entonces, todo queda comprimido, como en esa frase popular según la cual hay que empujar la puerta de la heladera para que entren todos los zapallos. Hacerse eco livianamente de fórmulas como «la clínica es el duelo» o «el duelo se resuelve con un acto» puede conducirnos a buscar denodadamente el bendito acto resolutivo, el sacrificio gratuito, e incluso a encontrarlo.

Mi lectura de este libro de Jean Allouch es una línea que quizá comienza a dibujarse con *Erótica del duelo*: una manera de concebir el ejercicio analítico fuertemente arraigada en la transferencia como pivote central y en el acto analítico. Allouch se introduce en ese debate con firmeza, con una contundencia comunicativa notable, algo que podía advertirse en el fenómeno que constituían sus seminarios y en la forma en que, por momentos, se tensaba la cuerda con su público. A ello se suma el enorme riesgo, y también el atrevimiento, de esclarecer desde el inicio cuál era su propia implicación en el asunto, algo que, según me dijo una vez, había causado una gran conmoción en París.

El análisis, tal como lo entiendo a partir de Allouch, no es un ejercicio del pensamiento, sino una práctica en acto. Podría resumirse en aquella fórmula lacaniana según la cual el analista es allí donde no piensa, y allí donde piensa no es. No se trata, en primer término, de formular elaboraciones, construcciones o interpretaciones. El asunto pasa por el acto. Casi aquello a lo que Lacan aspiraba: un discurso sin palabras. En ese sentido, puede acordarse en que el acto es resolutivo. Pero habría que precisar: ¿resolutivo de qué? De un cierto *impasse*.

Para terminar, estaría tentado de repetir las tantas veces citadas palabras de Freud, las que rezan que lo que él no nos pudo decir habrá que preguntárselo a los poetas. O incluso las del propio Allouch, nuestro homenajeado de hoy, quien hace algunos años ya —creo que fue la última vez que estuvo en Montevideo—, conversando con un estudiante, le dijo que para el análisis no había más camino que recurrir a la literatura. Entonces, voy a terminar desviándome nuevamente hacia Lemebel (2016):

A un año de tu partida, los recuerdos se me cruzan en el aire como pájaros ciegos, como alondras expatriadas; las imágenes no pueden recuperar el color lejano de tu abandono. No sé qué decir, pero lo que sí sé es que tú me entiendes, porque aún no despierto, aún no resucito desde aquella noche cruel en que te fuiste, niña mía. Desde entonces no tiene mucho que decir este corazón atolondrado que no se convence cuando le digo que nunca más reiremos juntas, nunca más lloraremos juntas, nunca más marcharemos juntas, nunca más pelearemos juntas.

Hace un siglo que te fuiste y cada noche dejamos la puerta entreabierta por si quisieras regresar.

Todo lo que no hicimos se quedó en ese florido balcón esperándonos.
(p. 67)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLOUCH, J. (1995). *Marguerite, Lacan la llamaba Aimée*. Epee.
- ALLOUCH, J. (1996). *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*. Edelp.
- ALLOUCH, J. (2020). *Nouvelles remarques sur le passage à l'acte*. Epel.

- CASTELLANO, G. (2000). De la tragedia a lo cómico: un recorrido posible. En Coordinadora de Psicólogos del Uruguay (ed.), *Cuaderno de la Coordinadora de Psicólogos del Uruguay. Depresión*, 41-57.
- FREUD, S. (1979). Duelo y melancolía. En *Obras completas* (vol. 14, pp. 235-258). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).
- LACAN, J. (1960). *El seminario. Libro 8: La transferencia*. Paidós.
- LACAN, J. (1962). *El seminario. Libro 10: La angustia*. Paidós.
- LEMEBEL, P. (2016). *Mi amiga Gladys*. Seix Barral.